

**Palabras de la Embajadora Paula Narváez, Presidenta del ECOSOC,
con ocasión de la apertura de la Quinta Reunión de la Conferencia
Regional sobre Desarrollo Social de América Latina y el Caribe**

Excelencias,

Distinguidos delegados,

Amigas y amigos,

Es para mí un gran placer estar con ustedes en esta Quinta Reunión de la Conferencia Regional sobre Desarrollo Social de América Latina y el Caribe. Permítanme comenzar expresando mi sincero agradecimiento al Sr. José Manuel Salazar-Xirinachs, Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), y a la Sra. Michelle Muschett, Directora de la Oficina Regional para América Latina y el Caribe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), por su amable invitación a ser parte de este foro.

Sus deliberaciones sobre el desarrollo social se realizan en un contexto muy oportuno. Durante décadas, fuimos testigos de un impresionante progreso en muchos indicadores sociales; sin embargo, esta tendencia positiva comenzó a desacelerarse en los últimos años, e incluso a revertirse en comparación con los indicadores al año 2015. Esto se ha visto acrecentado por las secuelas de la pandemia de COVID-19 y las múltiples crisis que enfrentamos, lo que ha agravado aún más la situación, especialmente para aquellos que ya se encontraban en condiciones vulnerables.

Esto nos recuerda que el progreso sigue siendo frágil y desigual, una lección que nuestra región aprendió bien durante la llamada "década perdida". Hoy en día, la desigualdad, la pobreza, la inseguridad y la desconfianza están erosionando nuestro tejido social y obstaculizando nuestra capacidad para actuar y alcanzar objetivos comunes.

Estos desafíos trascienden fronteras y exigen una acción colectiva. La recién concluida Cumbre de los Objetivos de Desarrollo Sostenible nos recordó, una vez más, que estamos lejos de alcanzar los objetivos que nos trazamos como comunidad internacional hace ya ocho años. A mitad de camino hacia 2030, solo el 15% de los ODS están en la senda hacia su cumplimiento, mientras que aproximadamente el 30% ha retrocedido o se ha estancado en sus niveles de 2015.

A pesar de eso, no puedo sino celebrar la adopción por consenso de la Declaración Política de la Cumbre, así como las numerosas demostraciones de compromiso de la comunidad internacional para enmendar el camino y avanzar en pos de la erradicación de la pobreza, la igualdad de género, la protección social y la seguridad alimentaria, entre otros elementos fundamentales para el desarrollo sostenible.

Hago eco a los compromisos con la igualdad de género referidos en esta declaración en cuanto a que "no es posible alcanzar el pleno potencial humano y el desarrollo sostenible si una mitad de la humanidad sigue viéndose privada de plenos derechos humanos y oportunidades." Alcanzar este potencial tampoco será posible si no tomamos acciones contundentes para garantizar la participación plena y significativa de las mujeres en la vida pública y política, y para eliminar todas las formas de violencia y discriminación en contra de ellas.

También, valoro el reconocimiento por parte de diversos líderes mundiales en la necesidad de fortalecer la cooperación global, fomentar la solidaridad y movilizar financiamiento e inversión para la implementación de los ODS.

Señoras y señores,

A pesar de estos nuevos avances en materia multilateral, no perdamos de vista las preocupantes tendencias en materia de desarrollo social. Se calcula que cerca de 700 millones de personas viven en la pobreza extrema, y al ritmo actual, no será posible alcanzar el Objetivo de Desarrollo Sostenible n° 1 de poner fin a la pobreza en todas sus formas en todo el mundo para el año 2030.

En materia de seguridad alimentaria, es alarmante que, a nivel mundial, se prevé que cerca de 600 millones de personas pasarán hambre en 2030. Además, el acceso limitado a un trabajo decente y formal es una de las principales causas del aumento de las desigualdades. En todo el mundo, unos 2.000 millones de personas están empleadas en la economía informal, en la mayoría de los casos sin contrato laboral y con ingresos bajos e inestables, condiciones de trabajo insalubres e inseguras y sin protección social.

Sabemos también que las crisis en curso y superpuestas han exacerbado las desigualdades de ingresos y oportunidades, tanto dentro de los países como entre ellos. A raíz de esto, millones de personas también se han visto empujadas a situaciones de vida precarias, resultando desproporcionadamente afectadas las mujeres, los niños, las personas mayores, los jóvenes, los migrantes, las personas con discapacidad y los pueblos indígenas.

Por otra parte, necesitamos pensar a corto y largo plazo para dar respuestas a las nuevas tendencias: la transformación ecológica, el envejecimiento de la población,

el aumento de la migración y la rápida urbanización. Por lo tanto, es prioritario asegurar que nuestros sistemas de protección social sean resilientes, y puedan adaptarse a los retos ya mencionados, sin dejar de lado los compromisos adquiridos.

La creación de sistemas de protección social universales, integrales, adecuados, sostenibles y con perspectiva de género aumentará la capacidad de resiliencia de las personas ante las crisis y garantizará unos ingresos básicos seguros a lo largo de toda la vida, lo cual conduce al bienestar y mejora de la calidad de vida de nuestras sociedades.

Señoras y señores,

No hay que ir muy lejos para recordar que estas problemáticas no son nuevas, y que, en 1995, en Copenhague, los Estados acordaron poner a las personas en el centro del desarrollo, y establecieron como prioridad la lucha contra la pobreza, la inclusión social y el trabajo decente. Después de una pandemia global, y frente a una crisis climática, sumada a otras crisis, notamos cuán importantes son estos pilares para nuestras sociedades.

Por lo tanto, debemos identificar las brechas que persisten y las acciones hoy requeridas para un desarrollo social sostenible, ante una población que, además, envejece, mientras crecen las urgencias de una sociedad de cuidados. La erradicación de la pobreza, el trabajo decente en oposición a la informalidad, vivienda digna, aprendizaje a lo largo de la vida o servicios de salud y protección social universales, siguen siendo, entre otras, las metas por las que debemos trabajar.

En este sentido, la realización de la Cumbre Social Mundial en 2025 nos brindará la oportunidad de forjar un nuevo consenso global y hacer compromisos concretos para promover sociedades inclusivas, equitativas y resilientes, y podría ser un catalizador para abordar las causas fundamentales de la desigualdad y la creciente inseguridad, la inclusión y la resiliencia, guiado por la Agenda 2030 y la Declaración de Copenhague de 1995 sobre Desarrollo Social.

Animo a los países de nuestra región a participar activamente en el proceso intergubernamental de las Naciones Unidas para aprobar una resolución que mandate la celebración de esta Cumbre Social, la que abordará temáticas de las que América Latina y el Caribe tiene muchísimo que decir.

La Agenda Regional para el Desarrollo Social Inclusivo, sin ir más lejos, adoptada en 2019 por los Estados Miembros de la CEPAL en la Tercera Reunión de esta Conferencia, nos proporciona un marco que será un invaluable insumo de cara a la Cumbre Social Mundial, en particular lo relativo a sistemas universales de protección social y políticas de inclusión. La Agenda Regional es pionera en este sentido, representando un plan de acción integral para la búsqueda de una perspectiva social sobre el desarrollo sostenible que también puede servir de inspiración para otras regiones.

A propósito de iniciativas regionales que pudieran tener un impacto global, me permito traer a colación los avances regionales en materia de la agenda sobre cuidados y apoyo. Los datos son claros sobre el hecho de que, cada día se dedican 16 400 millones de horas dedicadas al trabajo de cuidados no remunerado, lo que equivale a 11 billones de dólares o al 9% del PIB mundial.

La agenda de cuidados no es solamente un vehículo para abordar la distribución desigual del trabajo doméstico no remunerado ejecutado principalmente por las mujeres y niñas, sino que es una oportunidad para garantizar el cuidado y apoyo de quienes lo necesitan: los niños, los adultos mayores, y las personas con discapacidad. No podemos insistir lo suficiente en la importancia de esta agenda transformadora, que nos empujará a examinar más de cerca la economía del cuidado, o incluso las sociedades del cuidado, un trabajo que, por cierto, la CEPAL ha estado impulsando en América Latina también de forma pionera y del que ya vemos interesantes resultados.

Estimados representantes,

Sus discusiones durante los próximos días representan una oportunidad para consolidar el liderazgo y la dedicación de nuestra región en la búsqueda de sociedades inclusivas, equitativas y resilientes, a medida que la conversación global sobre una Cumbre Social Mundial en 2025 toma forma. Por lo mismo, los convido a continuar con la senda de vanguardia en traer al frente las necesidades urgentes de las personas para hacer realidad la promesa del desarrollo sostenible, y les deseo el mayor de los éxitos en sus deliberaciones.

Muchas gracias.